

que los preceptos sean de algún auxilio. Obra inmensa y múltiple es la del arte, y casi todos los días se encuentra algo nuevo, sin que jamás se agote cuanto hay que decir sobre él.

Después de esta afirmación expresa del contenido inagotable del arte y del progreso evidente, si no en su ejecución, por lo menos en su conocimiento, empieza Quintiliano á trazar el concepto de la retórica, que él, lo mismo que todos los antiguos, define *ciencia de bien decir*.

Pero esta definición requiere explanarse, y Quintiliano dedica á esto la mayor parte del segundo libro. No faltaban entre los antiguos quienes declarasen que la retórica no merece el nombre de ciencia, ocupación la más alta y apetecible de la vida, sino que es sólo una facultad, un ejercicio, un arte, llegando algunos á considerarla como ocupación prava y pecaminosa, visto que su fin es el persuadir, ó el decir de un modo acomodado á la persuasión, y ésta puede ejercitarla hasta el varón que no fuere virtuoso.

Definían, pues, la retórica, *una fuerza ó capacidad de persuadir*, siguiendo en esto las huellas de Isócrates, no en las obras suyas que hoy tenemos, sino en cierto arte de retórica, que á nombre suyo corría entre los antiguos, y de cuya autenticidad dudaba ya el mismo Quintiliano.

Había dicho Isócrates, sin ánimo de infamar la oratoria, que la retórica era *demiurgo* de persuasión, lo cual conviene en sustancia con la teoría que sostiene *Gorgias* en el diálogo de Platón, que lleva el nombre de aquel sofista. Pero á este

concepto de persuasión, repetido también en los libros oratorios de Marco Tulio, responde Quintiliano, con las mismas razones platónicas, arguyendo que también persuaden el dinero, y la hermosura, y la autoridad, y la dignidad, y, finalmente, la elocuencia del silencio y el ademán mismo sin la voz, ya por el recuerdo de los méritos de un personaje, ya por lo miserable y abatido del aspecto del reo. De todo lo cual se vieron ejemplos en la defensa de Marco Aquilio, hecha por Antonio, en la que de sí propio hizo Servio Galba, y en la que Hipérides hizo de Phryne. Si todas estas cosas son idóneas para la persuasión, no puede esta persuasión ser el último, supremo y propio fin del arte. Por eso algunos modificaron la definición, enseñando que la retórica era arte de persuadir con palabras. Esta es la segunda contestación de Gorgias, enfrente de los argumentos de Sócrates, y á la misma doctrina parece inclinarse Theodectes en el libro de retórica que corría á su nombre, y que algunos atribuían á Aristóteles. Dícese en él que el fin de la oratoria consiste en llevar á los hombres, por la palabra, á aquel punto que el orador desea. Pero tampoco esto es característico del arte, ya que también persuaden con palabras los adulares y las meretrices. Y, por el contrario, el orador no siempre persuade; de donde vendría á resultar que á veces el persuadir no es el propio fin de la oratoria, y que otras veces es un fin común á otras artes.

Otros, como Apolodoro, parecen dar á enten-

der que si el orador no alcanza el fin de la persuasión, no merece su nombre; y Aristóteles prescinde del éxito inmediato, y define la retórica: *facultad de inventar todos los motivos de persuasión que puedan ocurrir en un discurso.*

Pero esta explicación adolece de todos los vicios que hemos señalado en las anteriores, y, por otra parte, no abarca más que una de las partes de la retórica, la invención, siendo así que el discurso no existe sin la locución.

En cuanto á la materia de la retórica, dijeron unos que versaba sobre todas las cosas, otros quisieron limitarla á los negocios civiles. De la primera opinión fué Aristóteles, que parece hablar siempre de la invención tan sólo. Opinaron otros que la retórica no era facultad, ni ciencia, ni arte, definiéndola Critolao *práctica de decir*, y Ateneo *artificio de engañar*.

Quintiliano reproduce todas las protestas del *Gorgias* y del *Fedro*, contra los que en algún modo separan la oratoria de la ciencia de la justicia, tomada esta palabra *ciencia* en el sentido ideal y platónico, como en oposición á lo meramente opinable y creíble. De aquí la definición, enteramente académica, que Quintiliano da de la retórica, tratándola, no como arte, sino como ciencia de bien decir. Este concepto científico abarca, según él, no sólo todas las virtudes de la oración, sino hasta las costumbres mismas del orador y su carácter ético, puesto que, siendo la ciencia una virtud, excluye de la oratoria á los malos, y no la deja encerrarse tampoco en los es-

trechos límites de las cuestiones civiles y forenses.

Del fin de la retórica se deduce su utilidad, como civilizadora de las sociedades primitivas, como salvadora de la república en tremendos conflictos (recuérdense, v. gr., los ejemplos de Apio el ciego y Cicerón), y como maestra y preceptora de la vida, pues nunca se graba tan profundamente en el ánimo la voz de la sabiduría como cuando la claridad del discurso ilumina la hermosura de los conceptos. Y es tal la excelencia que Quintiliano reconoce en el don de la palabra, que en ella, aún más que en el entendimiento y en la cogitación, pone la diferencia que media entre el hombre y el resto de los animales, pues de poco nos serviría la razón, por la cual somos partícipes en algún modo de la naturaleza de los dioses inmortales, si no pudiésemos expresar por medio de la voz los conceptos que ella elaborara.

Y ¿cabe arte en la retórica, ó es toda ella obra de la naturaleza? ¿Quién ha de imaginar (pregunta Quintiliano), por remoto que esté de toda erudición, que sea arte el de fabricar y el de tejer y el de hacer vasos de barro, y que, por el contrario, una obra tan grande y excelente como la retórica haya podido llegar á su perfección sin arte alguno? Con todo eso, algunos oradores, y entre ellos el mismo Lisias, llegaron á creer que la elocuencia era sólo una disposición natural, acrecentada por el ejercicio. En apoyo de esta sentencia decían que los mismos bárbaros y los siervos, cuando hablan entre sí, emplean algo que parece exordio, y acaban con una especie

de depreciación y de epílogo. Y añaden á esto que la elocuencia fué antes que los retóricos, como que se encuentra ya en el mismo Homero; y que, por consiguiente, no es arte.

Á esto responde Quintiliano, que todo lo que el arte perfecciona tiene su principio en la naturaleza, y que si se admitiera lo que los adversarios dicen, la arquitectura misma no sería arte, puesto que sin arte se edificaron las primeras casas; ni la música, puesto que todas las naciones conocen alguna manera de canto y de danza. Por lo tanto, si convenimos en llamar retórica á un discurso cualquiera, podemos confesar que la retórica es anterior al arte. Pero si es verdad que no todo el que habla es orador, y que los antiguos no hablaban como oradores, necesariamente hemos de afirmar que el orador lo es por el arte y que no existía antes del arte. Verdad es que el continuo ejercicio es un medio poderosísimo de aprender, y suple otros; pero este mismo ejercicio es una parte del arte, la única que poseen esos oradores semi-incultos, y á la cual deben sus triunfos innegables. Otro argumento contra el arte retórica se toma de la materia. Dicen, pues, que todas las artes tienen determinada materia, lo cual es verdad, y añaden que la retórica no tiene materia propia, lo cual es falso, como iremos viendo. Añaden que ningún arte se constituye por opiniones falsas, mientras que la retórica es muchas veces instrumento para defender falsedades.

«Yo confieso (responde Quintiliano) que la retórica alguna vez dice lo falso por lo verdadero;

pero no por eso hemos de creer que versa sobre opiniones falsas, porque es muy distinto que al orador le parezca falsa una cosa, ó que quiera persuadirla como tal á los demás.» No es que él tenga opiniones falsas, sino que trata de engañar á otros, de la misma suerte que el pintor no ignora que la superficie es plana, aunque presente algunos objetos como eminentes y otros como deprimidos. Prosiguen diciendo los adversarios que todo arte tiene un fin á que tender, y que, por el contrario, la retórica no tiene ninguno, y aun muchas veces no suele conseguir los efectos que el orador desea. Pero ni el orador que nos imaginamos, ni el arte cuyos confines trazamos, dependen en modo alguno del éxito. El orador tiende á la victoria; pero, aunque no la logre, consigue el fin del arte, cuando habla conforme á él, porque la oratoria tiene su fin en sí misma, el cual no es otro que el bien decir. Por donde no se ha de decir que el arte consiste en el efecto, sino en el acto mismo del arte. Añaden que la retórica, además de persuadir lo falso, trata de mover los afectos. Pero el mover los afectos no es cosa torpe, cuando procede de alguna razón, ni ha de tenerse por vicio, y mucho menos en el concepto de Quintiliano, que al cabo, y á pesar de sus austeridades morales, no duda en admitir la licitud de la mentira en algunos casos, cuanto más la perturbación de afectos, siempre que pueda influir en la decisión de los jueces ó del pueblo. Todavía se objeta que ningún arte es contraria á sí misma, ni puede destruir su propia

obra. Es así que la retórica enseña á defender los dos lados de la causa; luego no debe ser arte. Pero esto ha de entenderse de la mala retórica, de la que es indigna de un varón honrado, é indigna de la virtud misma, del arte vanísimo de los sofistas. La retórica nunca es contraria á sí misma; la causa riñe con la causa, pero no el arte con el arte, como no deja de ser arte el de las armas, porque combatan entre sí dos gladiadores educados por el mismo maestro. Aún se presentan otros reparos: dicese que el arte es sólo de las cosas sabidas, mientras que la acción del orador se ejercita muchas veces sobre cosas que él ignora y sus espectadores también. Quintiliano responde que la retórica es arte de bien decir, y que esto es lo que el orador sabe, aunque ignore si es verdad lo que dice; porque, en realidad, lo que persigue siempre todo arte no es otra cosa que *lo verosímil*.

Probemos ahora directamente que la retórica es arte. Según la definición de Cleantes y de los estoicos, el arte es una potencia que procede por orden. Es así que hay en el buen decir orden y camino, y que consta la retórica de prescripciones enlazadas entre sí, y enderezadas juntamente á un fin útil de la vida humana; luego la retórica es arte. Y no puede dejar de ser arte, si lo es la dialéctica, que difiere de ella en especie más bien que en género. Y es arte, además, porque se constituye mediante los dos procedimientos de inspección y de ejercicio. Las artes se dividen en dos géneros: consisten las unas en la *inspección*,

esto es en el conocimiento y estimación de las cosas, como, v. gr., la astrología, y éstas, que se llaman artes *teoréticas*, no exigen acto alguno, sino que terminan y se perfeccionan en el entendimiento de la cosa cuyo estudio hacen; y hay otras que consisten en la acción, y que en la acción misma se perfeccionan, sin que reste nada que hacer después de su propio acto, y éstas se llaman artes prácticas, como es la *saltación*. Hay otras que reciben su fin del efecto, es decir, de la existencia separada del objeto que ponen á la vista. Y éstas se llaman artes *poéticas*, como es, v. gr., la pintura. La retórica pertenece al género de las artes que terminan en su propio acto; pero es verdad que toma mucho de las demás artes, y que algunas veces puede contentarse con la mera contemplación y especulación. En este caso se puede decir que cabe retórica en el orador, aun cuando esté callado. Porque hay en estos estudios secretos un deleite, quizás el mayor de todos, y es más pura la fruición cuando se detiene en los límites de la contemplación, y no se llega al acto, es decir, á la obra.

Preguntan algunos si la naturaleza contribuye á la elocuencia más ó menos que la doctrina artística. Quintiliano cree que el orador consumado sólo puede resultar de la unión de entrambas. Mucho puede la naturaleza sin doctrina, pero la doctrina nada puede conseguir sin la naturaleza. Y con todo eso, los oradores perfectos deben más á la doctrina que á su propia naturaleza. En tierra estéril nada logrará el más excelente agricul-

tor: en tierra fértil nacerá algo, aun sin cultivo; pero en suelo fecundo más hará el cultivador que la misma bondad del suelo. La naturaleza da la materia del arte, teniendo, aun sin el arte, su precio la materia. El arte sin la materia ni siquiera existe. Pero no ha de confundirse el arte con la *mataiotechnia*, que es una vana y estéril imitación del arte, v. gr., el ejercicio de los que consumen toda su vida en la declamación de las escuelas.

La retórica es una virtud enlazada con la prudencia. Y las semillas de ella están impresas en nosotros desde *ab initio*, como lo está la semilla de la justicia, de la cual aun los mismos pueblos rústicos y bárbaros llegan á contemplar alguna imagen. Y es la retórica, además de arte de la justicia, virtud disputadora, del mismo modo que la dialéctica, viniendo á ser la una *oración perpetua* y la otra *oración concisa*, por lo cual Zenón comparaba la dialéctica con el puño cerrado y la oratoria con la mano abierta. ¿Cómo ha de ser el orador discreto en la alabanza, si no sabe la ciencia de lo honesto y de lo torpe; cómo ha de ser hábil para persuadir, si no conoce el principio de utilidad; cómo ha de triunfar en los juicios, si es ignorante de la justicia? Requíerese además en el orador altísima fortaleza, como que ha de resistir á las turbulentas amenazas del pueblo, al despotismo de ciudadanos poderosos, y algunas veces, como aconteció en el juicio de Milón, á las armas de los soldados puestos en torno de la tribuna. Es, pues, la elocuencia una de

las más excelentes virtudes. Se dirá que á veces un hombre perverso puede hacer un buen exordio, ó una buena narración; pero también el ladrón pelea á veces esforzadamente, y no por eso deja de ser virtud la fortaleza. Y si un siervo vil sufre impávido el tormento, la tolerancia del dolor no carece en él de cierta gloria.

La materia de la retórica, dicen algunos, y entre ellos Gorgias, que es la *oración*; pero si entendían por oración un razonamiento compuesto sobre cualquier motivo, no podemos decir que sea materia de la retórica, sino que es la obra misma de ella, como la estatua es la obra del escultor. Y si entendían por oración las palabras mismas, nada valen éstas sin la sustancia de las cosas. Creen otros que la materia son los argumentos persuasivos, los cuales, en realidad, son una parte de la obra. Otros opinan que la materia son las cuestiones civiles, y éstos yerran, no en la calidad, sino en el modo, porque esas cuestiones son alguna materia de la retórica, pero no la sola materia. Algunos, fundados en que la retórica es una virtud, la extienden á toda la vida humana. Otros le señalan aquel empleo que en la ética se llama *negocial ó pragmático*. Quintiliano, de acuerdo con otros autores, opina que la materia de la retórica son todas las cosas que están sujetas á la palabra, porque la materia, conforme á la doctrina de Platón, en el *Gorgias*, no consiste en las palabras, sino en las cosas. Y el mismo filósofo añade en el *Fedro*, que la retórica no se ejercita sólo en el juicio y en la plaza, sino también en las cosas

privadas y domésticas. No puede decirse que esta materia sea infinita, aunque es múltiple, porque otras artes menores hay que tienen materia múltiple, v. gr., la arquitectura, la escultura, y el arte de cincelar. Y no es obstáculo el que algunos tengan por oficio propio de la filosofía el disertar sobre lo bueno, lo útil y lo justo, si es que por filósofo entienden un hombre de bien, porque nosotros no separamos la bondad moral de las cualidades propias del orador. Y además, teniendo los dialécticos por materia propia el disputar sobre todas las cosas, y no siendo la dialéctica más que una oración concisa, ¿por qué la oración perfecta no ha de disfrutar de la misma amplitud de materia?

Todas las cosas pueden caer, más ó menos fortuitamente, bajo la jurisdicción del orador. No hay nada que no pueda entrar en causa ó en cuestión.

Discernida así la noción de la retórica, y aprovechadas y rectificadas las ideas de los preceptistas antiguos, entre los cuales se enumera á Córax, Tisias, Gorgias, Trasmáco, Prodicó, Protágoras, Hipias, Alcidas, Antífon, etc., hace Quintiliano profesión de eclecticismo, declarándose no sujeto á ninguna secta, ni imbuido en superstición alguna; y sin investigar cuál sea el origen de la retórica, afirma que su principio lo dió la naturaleza, y que las observaciones y los hábitos constituyeron el arte. La divide, como todas las restantes preceptistas, en *invención, disposición, elocución, memoria, pronunciación y ac-*

*ción*, versando necesariamente todas estas partes, ó sobre las cosas, ó sobre las palabras. Tres han de ser los fines que se proponga el orador: enseñar, mover, deleitar. Acerca de la invención, y la disposición, y la doctrina de las partes del discurso (contenidas en los libros III, IV y V), no se aparta, en cosa notable, de lo corriente entre los retóricos. Por ser, además, esta parte de todo punto técnica, tiene escaso interés en la historia de las ideas artísticas. Sólo advertiremos que Quintiliano, con el buen sentido que no le abandona nunca, tiene en poca estima, aunque no los desprecia enteramente por inútiles, los llamados *tópicos* ó lugares comunes, adonde se iban á buscar argumentos. «No se aprende el oficio de la palestra (añade) por preceptos y reglas teóricas, sino fortaleciendo el cuerpo con ejercicios, con la continencia, con la calidad de los alimentos, y sin empeñarse, además, en pelear contra la naturaleza, cuando ella se nos resiste. Pero estos ejercicios no han de ser los muelles y afeminados de la declamación escolar, no los que halaguen libidinosamente las malas pasiones del auditorio, sino los que muestren en sí carácter másculo é incorrupto, digno, en suma, de un varón austero y grave. ¿Quién dirá que la hermosura de un eunuco es mayor que la de un hombre? ¿Quién contará la endebles y afeminamiento entre las virtudes del discurso? Nunca los pintores ni los estatuarios, cuando quisieron representar lo más ideal y perfecto de la figura humana, buscaron por modelo un Bagoas ó un Megabiso, sino que

escogieron el Doryphoro, apto para la milicia y la palestra, ó imitaron cuerpos de jóvenes belicosos y de atletas. Y nosotros, los que queremos trazar la imagen del orador, ¿hemos de dar á la elocuencia, por armas, tímpanos? Aun en sus ejercicios juveniles ha de ajustarse el orador cuanto pueda á la más exacta *imitación de la verdad*. La elocuencia debe ser rica y espléndida. No vaya, como tímido arroyuelo, serpenteando por campos; no vaya, como la fuente, encerrada en estrecho cauce, sino que, extendiéndose como río caudaloso por los valles, ábrase violentamente camino, cuando los obstáculos se le opongan. Parezca, en suma, hija de la naturaleza y no del arte.»

El libro VI es una especie de psicología oratoria, ó tratado de las pasiones, ó de la moción de afectos. Quintiliano enseña, contra el parecer vulgar, que no hay lugar especial para ellos, sino que pueden excitarse en todos los momentos de la causa. El arte de moverlos, no se enseña en ningún libro, ni la naturaleza de ellos es simple, sino muy compleja. Un orador mediocre y de escasa vena puede, á fuerza de doctrina ó de hábito, obtener algún fruto en las otras partes de la oratoria; pero son muy raros los que han sabido arrastrar á los jueces y moverlos al llanto ó á la indignación. Si las pruebas hacen que nuestra causa parezca á los jueces mejor que la de los adversarios, solo el afecto consigue que quieran lo que nosotros, y que lo quieran vehementísimamente. Y así como los amantes no pueden juzgar

de las formas del ser que aman, porque su pasión pervierte el juicio de sus ojos, así el juez abandona el cuidado de indagar la verdad, ocupado por el afecto, y se deja llevar como de un rápido y encendido torrente. Aquí debe concentrar, pues, sus esfuerzos el orador; esta es su obra principal, este el trabajo, sin el cual todo lo demás resulta desnudo, seco, débil, ingrato: de tal modo, que el espíritu y el aliento mismo de la obra consisten en los afectos.

Quintiliano admite la célebre distinción entre el *ethos* y el *pathos* (costumbres y pasiones). El *pathos* excita y el *ethos* suele mitigar. El *ethos* requiere un modo de decir blando, sereno, plácido y humano, amable y gracioso á los oyentes, como que es retrato y espejo fiel de las costumbres y de la vida. Por el contrario, el *pathos* tiene por dominio propio la ira, el odio, el miedo, la envidia, la compasión, en suma, todos los afectos trágicos; guardando el *ethos* y el *pathos* la misma relación entre sí que la tragedia con la comedia.

El principio capital de la psicología oratoria de Quintiliano no es otro que aquel famoso axioma: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*. Sin embargo, Quintiliano lo da como doctrina y observación propia, y aun lo anuncia con una solemnidad de tono en él desusada.

«Es mi propósito (dice) mostrar lo mas íntimo de este santuario, donde he logrado penetrar, no por enseñanza ajena, sino por experiencia propia, y guiado por la misma naturaleza. Todo el

poder de excitar los afectos consiste, á lo que yo entiendo, en que primero nos hayamos conmovido nosotros mismos. Ridícula sería la imitación del llanto, de la ira y de la indignación, si acomodásemos sólo á los afectos las palabras y el semblante, y no el ánimo. ¿Cuál otra es la causa de que el que llora por algún dolor reciente, parece siempre expresarse con elocuencia, y de que la ira ponga á veces elocuentísimas palabras en boca de los más indoctos? Es que habla por su boca la fuerza del alma y la verdad misma de las costumbres. Si buscamos lo verosímil, seamos semejantes á los que padecen verdaderos afectos, y sea tal la disposición de nuestro ánimo como la que nosotros queremos infundir en el juez. Si yo no siento el dolor de que hago alarde, ¿cómo he de esperar que el juez lllore, viéndome con los ojos secos? Nada enciende sino el fuego; nada moja sino el agua, y no ha de esperarse de cosa alguna que dé á otra el calor de que ella carece. Afectémonos, pues; antes de tratar de afectar á los jueces. Y ¿cómo hemos de mover en nosotros los afectos? ¿Por ventura están las pasiones bajo nuestra potestad? Trataré de explicarlo. Todo el que conserva fácilmente y puede reproducir las imágenes de los objetos que los griegos llaman *fantasmas*, y traerlos, por decirlo así, á nueva vista interior, será poderosísimo en la moción de los afectos. Como sueños despiertos, le rodearán las imágenes, pareciéndole que peregrina, que navega, que combate, que habla á los pueblos, que hace uso de las riquezas que no tiene, y no

le parecerá que lo piensa, sino que realmente lo hace. Esta segunda vista interior, esta facilidad de renovar las especies adquiridas, es cualidad principalísima del orador, y aunque sea estimada por defecto de temperamento, puede convertirse en utilidad. De aquí la energía que Cicerón llama ilustración y evidencia, con la cual no parece que se dicen las cosas, sino que se muestran, produciendo en todos tal tumulto de afectos como si asistiésemos á las mismas escenas que se describen. ¿No concebía el poeta la imagen del último trance, cuando decía: *Et dulces moriens reminiscitur Argos?* No procedamos como en causa ajena sino como en dolor propio, y digamos siempre lo que en un caso personal diríamos. » Y añade Quintiliano que á él le dió grandes triunfos en el foro su sensibilidad y poder en la moción de afectos, manifiesta todavía en algunos trozos de su libro didáctico, v. gr., en la lamentación sobre la muerte de su hijo.

Á la doctrina de lo patético sigue la de la risa y lo ridículo. Declara difícil su empleo en la oratoria. Lo primero, porque la mayor parte de las veces es falso y discordante; lo segundo, porque siempre es humilde; lo tercero, porque es muchas veces depravado y sacado de quicio por industria del orador; lo cuarto, porque depende en gran parte de la variedad de la estimación humana y de un cierto criterio fluctuante y apenas discernible, y no de ninguna razón propia y extrínseca suya. Podemos decir, que Quintiliano ha visto con claridad algunos de los ca-

racteres y notas de lo cómico, y especialmente su carácter subjetivo, relativo é inarmónico, señalándolos con palabras precisas y nada anfibológicas. También ha intentado, aunque sin fruto, penetrar en su esencia, investigando las causas de la risa, pero termina por declarar el problema insoluble, no sin haber recogido de paso curiosas y exactas observaciones. Dice, pues, que la risa y el efecto de lo cómico no se produce sólo por alguna acción, sino á veces por la más ligera torpeza, y que no solamente es cómico lo agudo y gracioso, sino lo necio, lo tímido y lo iracundo. Reconoce, siguiendo á Cicerón, que la esencia de lo cómico está en alguna torpeza ó deformidad leve y no dañosa, y hace notar la fuerza imperiosísima con que lo cómico arrastra, aun en sus grados inferiores, aun en boca de los bufones, de los *mimos* y de los ignorantes. La naturaleza y la ocasión son para él fuentes copiosísimas de efectos cómicos inesperados. Como cualidades análogas á lo cómico, pero distintas, define y explana lo que ha de entenderse por *venustum*, *salsum et facetum*. Por *venustum* entiende lo gracioso. Por *salsum*, cierto condimento de la oración, que ocultamente excita el paladar y evita el tedio del prolongado razonamiento. Por caracteres de lo *facetum* señala el decoro y la exquisita elegancia.

En el libro viii, comienza el tratado de la elocución, que aún es más técnico y menudo que los anteriores. Quintiliano le da grande importancia, pero censura el vano estudio de los que

piensan sólo en las palabras, olvidando las cosas, que son el nervio de la oración, y así envejecen en un vano y estéril amor á los vocablos. La belleza interior del discurso ha de ser la que se refleje en su forma externa; los cuerpos sanos é íntegros y fortalecidos por el ejercicio, reciben hermosura del mismo principio de que reciben fortaleza; si lo bello se tiñe con alcohol al modo femenino, parecerá horrible. Y no es que la gala espléndida y viril deje de añadir autoridad á los hombres, como dice el proverbio griego; pero el ornato mujeril y lujurioso, no sólo no exorna el cuerpo, sino que descubre y deshonra el alma. Del mismo modo, la locución que pudiéramos llamar traslúcida y *diversicolor*, afemina la materia á que tal vestidura se aplica. Recomienda Quintiliano el cuidado en las palabras, pero más que el cuidado la solicitud en las cosas. Las más hermosas formas de estilo están, por decirlo así, adheridas á la materia, y en su propia luz se ven; pero no las busquemos lejos de allí, ciegos y desatentados, como si yaciesen muy ocultas y huyesen de nuestra inspección. Con mayor ánimo se ha de acometer la elocuencia, y si todo el cuerpo es robusto, poco cuidado nos dará el pulir las uñas y aderezar el cabello. Antes al contrario: sucede muchas veces que esta diligencia echa á perder la oración, porque las cosas más excelentes son, quizá, las menos rebuscadas, como que se acercan más á lo que arranca de la verdad misma. Pero todo lo que indica cuidado, y lo que parece fingido y superpuesto, ni obtiene

gracia, ni merece fe, y como planta parásita, estrangula y consume los sembrados. Por no decir las cosas rectamente, buscamos largos rodeos y nos dilatamos morosamente en las palabras, y repetimos las que están dichas hasta la saciedad, y recargamos con muchas frases lo que pudiera decirse con una sola, y muchas veces preferimos dar á entender de lejos las cosas, antes que decirlas clara y perspicuamente. Nada propio nos agrada; pedimos prestadas á los poetas figuras y traslaciones, y á toda costa queremos mostrarnos ingeniosos, huyendo de lo que la naturaleza nos dicta. No busquemos ornamentos, sino afectos. ¡Como si las palabras tuviesen por sí mismas alguna virtud, fuera de la cohesión íntima con el pensamiento que expresan! Sólo así pueden ser propias, claras, oportunas y elegantes. Si toda la vida hubiéramos de trabajar en buscarlas artificiosamente, vano y pueril sería el fruto de los estudios. Á muchos veréis inciertos en cada palabra, buscándolas primero y, después de buscadas, pesándolas y midiéndolas. Aunque tuviérais la fortuna de encontrar siempre la mejor, más conveniente sería abandonar este infeliz cuidado, que detiene el curso de la oración y extingue el calor del pensamiento con la tardanza y la timidez. Miserable y pobre orador es el que no puede sufrir con resignación la pérdida de una sola palabra. Pero no las perderá ciertamente el que haya aprendido antes la razón del discurso, y con mucha é idónea lectura haya adquirido copiosa miés de palabras, y sepa el arte

de colocarlas, y haya robustecido luego con el ejercicio todas estas cualidades suyas, de tal modo, que tenga siempre el recurso á mano, y por decirlo así, ante los ojos. Este afán de buscar, de juzgar, de comparar, ha de tenerse cuando aprendamos, no cuando lleguemos al foro. Las palabras han de seguir al pensamiento, como la sombra al cuerpo, é ir ceñidas siempre al sentido: y aun en esto ha de haber moderación. Cuando las palabras son latinas, claras, elegantes, acomodadas al fin que nos proponemos, ¿qué más podemos pedir? Algunos, sin embargo, no hallan término en lo de corregirse á sí mismos, estudiando cada sílaba, y cuando han encontrado ya la expresión propia y única, como buscan algo que sea más antiguo, más remoto, más inopinado, no se cuidan de que haya ó no sentido en la oración, á trueque de poder aplicar esas palabras. «No repruebo yo el cuidado de la locución; pero entiendo que nada ha de hacerse por causa de las palabras, puesto que las palabras se inventaron para declarar las cosas, y son entre todas preferibles las que mejor descubren nuestro pensar, y las que hacen en el ánimo de los jueces el efecto que nos proponemos. Éstas serán sin duda las que hagan deleitosa y admirable la oración, pero no admirable como admiramos el prodigio, ni deleitosa con deleite infame, sino con dignidad y grandeza. La primera virtud del discurso ha de ser la claridad, la propiedad de las palabras, el orden recto.

El ornato debe ser vañonil, fuerte y sano; res-

plandezca por la sangre y por el nervio, y no por la ligereza afeminada, ni por el color postizo. «Nadie me tenga (añade Quintiliano) por enemigo del modo de decir culto; no niego que sea virtud, pero no se la concedo á los que hablan así. ¿He de tener yo por más cultivado un jardín donde aparezcan lirios, rosas, anémonas y apacibles fuentes, que una heredad donde crecen copiosas mieses ó vides abrumadas por el fruto? ¿Cómo he de preferir el estéril plátano, ó el mirto de Venus, al olmo fecundo y á la fértil oliva? ¿Es esto negar que á las tierras más fructíferas les esté bien la hermosura? Y ¡cómo no! Yo colocaría mis árboles en orden y á cierta distancia; podaría con el hierro las ramas que se alzasen desmedidamente, y entonces el árbol se extendería más hermoso en círculo, y dilatando sus ramas, producirían todas regalado fruto. Más hermoso de aspecto es el atleta cuyos miembros ha endurecido el ejercicio, disponiéndole para el certamen. Nunca la verdadera hermosura es cosa distinta ó apartada de la utilidad. Es verdad que cabe más ornato en el género demostrativo que en el deliberativo y judicial, porque cuando se trata de cosas verdaderas, y el combate lo es también, poco lugar queda para la vanagloria, ni debe nadie, cuando se discuten cosas de tanto momento, ser demasiado solícito acerca de las palabras.»

Dos diversos pareceres hay en cuanto á las sentencias: unos las buscan con esmero nimio y nada quieren sino ellas; otros las condenan en

absoluto. Quintiliano no aprueba ninguno de los dos pareceres extremos. La densidad de las sentencias, al modo de Séneca, muchas veces estorba, así como en los sembrados y entre los árboles nada puede crecer hasta la justa proporción, si falta lugar donde crezca. Ni la pintura, donde no hay sombras, agrada. Si en pos de una sentencia, y sin descanso alguno, viene otra, el discurso, compuesto, no ya de miembros, sino de pedazos, carecerá de estructura interna y de rotundidad y plenitud, y el color del discurso aparecerá como salpicado de manchas brillantes. Parecen tales sentencias relámpagos que brillan y se disipan como el humo.

«Por el contrario, cuando toda la oración es brillante, su claridad ofusca el resplandor de las sentencias, así como el sol impide que se vean los demás astros. Á esto se añade, que el que busca por sistema las sentencias, ha de caer forzosamente en muchas frialdades, ligerezas é ineptias. Contraria á ésta es del todo la opinión de algunos que huyen y temen todo agrado en el decir, no aprobando sino lo más llano y humilde y lo que indique menos esfuerzo. Y así, por temor á la caída, permanecen siempre en el suelo. Se dirá que este era el estilo de los antiguos; pero, ¿de qué antiguos, ya que Demóstenes intentó muchas cosas no usadas antes por nadie? Yo creo que estas lumbres y matices de la oración son como los ojos de la elocuencia; y así como no quisiéramos que los ojos estuvieran esparcidos por todo el cuerpo, quitando á los demás miembros su

oficio, así preferimos aquellas antiguas y horridas locuciones á esta nueva licencia; pero creemos que entre las dos hay un justo medio y un camino recto.»

Rara vez vuelve á encontrar Quintiliano la elocuente expresión de estos dos trozos, en que le ha sostenido la indignación contra los vicios literarios de su época. Piérdese luego en menudencias técnicas, y trata largamente la teoría de los tropos y de las figuras ó *schemas* de dicción. Atribuye el origen de los tropos, ya á la claridad (*significatio*), ya á la hermosura (*decus*), y los define «palabra ó razonamiento trasladado de su natural y propia significación á otra, para ornato del discurso, ó bien, dicción trasladada del lugar en que es propia á otro en que no lo es. Por el contrario, la figura ó *schema*, es cierta forma del discurso apartada de la forma común y de la que primero se ofrece.» Todo razonamiento tiene su forma propia, pero no en todos caben las figuras. Éstas pueden ser, ó de sentido ó de palabras.

Hay algunos que, desdeñando la sustancia de las cosas y el vigor de las sentencias, se creen sumos artífices, con amontonar vanas figuras de palabras, no advirtiendo que es tan ridículo buscar las palabras sin sustancia, como buscar el hábito y el gesto sin el cuerpo. El nimio cuidado de las palabras y el deleite que con ellas se procura, quitan fuerza á los afectos, y donde quiera que el arte se ostenta, parece ocultarse la verdad. Pero no por eso hemos de caer en el extremo

opuesto de aquellos que condenan todo arte de composición, y sostienen que es más natural y también más varonil aquel modo de decir horrible que primero espontáneamente se ocurra. Y si fuera verdad que no hay modo de decir preferible al que la naturaleza inspira antes de toda cultura, no tendría absolutamente razón de ser este arte oratorio. Pero, ¿qué arte hay que sea perfecto desde el principio y que no brille más con la cultura? ¿Ni por qué hemos de decir que dejen de ser naturales las modificaciones que la naturaleza nos consiente hacer en ella? Y así como es más rápido el curso del río por cauce fácil y sin tropiezo que cuando quebranta sus ondas entre los peñascos, así el discurso que corre enlazado, y congregando todas sus fuerzas en un punto, es mejor que la oración fragosa é in temperante. ¿Por qué hemos de creer que la elegancia matará la fuerza, cuando no hay cosa alguna que sin el arte tenga todo su precio, y la hermosura acompaña siempre al arte? Y prosigue Quintiliano, corroborando esta doctrina en su pintoresco estilo, con los símiles del tirador de lanza y de arco, y del movimiento rítmico y ordenado del certamen y de la palestra. Hasta para mover los afectos importa mucho la elegante composición, porque nada puede entrar en el alma sin detenerse antes en el vestíbulo de los oídos, y además, porque la naturaleza nos inspira el número y la armonía. De aquí la importancia de la música entre los pitagóricos, para domar y purificar las pasiones. Hay en el número y en el